

081. Ante la tentación

La Biblia nos da un consejo muy prudente: “*Si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba*” (Eclesiástico 2,1). Jesucristo, sabiendo que la prueba se presentará siempre, nos hace pedir en el Padrenuestro: “no nos dejes caer en la tentación”, de la que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos ‘deje caer’ en ella. Significa ‘no permitas entrar en tentación’, ‘no nos dejes sucumbir a la tentación’. Le pedimos que no nos deje tomar el camino que conduce al pecado, pues estamos empeñados en el combate ‘entre la carne y el Espíritu’. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza” (2846)

La palabra ‘tentación’ equivale de decir ‘prueba’. Y esta palabra puede suscitar en nosotros un doble sentimiento: de *miedo* y de *entusiasmo*, igual que la batalla en un militar: si la pierde, es su ruina; si la gana, es su gloria.

Hablando en cristiano, y con el más puro lenguaje de la Biblia, tentación es la *oportunidad* peligrosa en que puede fallar nuestra fidelidad a Dios. En este sentido, la tentación nos da miedo a todos. Y le dio miedo a Jesús por nosotros, y por eso puso en nuestros labios esa súplica que ahora nos ocupa: “no permitas que caigamos en la tentación”, porque nos podríamos perder.

Por otra parte, la misma Biblia colma de elogios al valiente que ha sabido vencer. “*Dichoso el que aguanta en la prueba, porque, una vez acrisolado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman*” (Santiago 1,12). En este otro sentido, la tentación no nos da miedo, porque sirve para llenarnos de mérito y de gloria.

Partimos siempre de lo que nos dice la misma Biblia, a saber: que Dios no tienta a nadie, y que Dios nos da siempre la fuerza para vencer.

Por Santiago nos asegura: “*Dios no incita a nadie a pecar, porque cada uno es incitado a pecar por su propia pasión, que lo arrastra y lo seduce*”.

Por San Pablo promete su ayuda: “*Pueden confiar en que Dios no permitirá que sean puestos a prueba por encima de sus fuerzas; al contrario, junto a la prueba les proporcionará fuerzas suficientes para superarla*” (1Corintios 10,13)

Y aquí nos encontramos con una opción.

Contamos con la prueba, porque sabemos que nos vendrá.

Contamos con la ayuda de Dios, que no nos va a faltar.

Por lo mismo, en nuestras manos está la victoria o la derrota. ¿Vencemos? Nos coronamos de gloria. ¿Somos derrotados, por culpa nuestra? Nos perdemos. ¿Qué elegimos?...

Hoy presumimos mucho de nuestro derecho inalienable a la *libertad*, exigida por el respeto sumo que merece cada persona. Pero, ¿ya nos damos cuenta de que el más respetuoso con nosotros es Dios? Dios quiere nuestra salvación. Nos la ofrece, nos la regala, nos da todos los medios para alcanzarla. Sin embargo, respeta nuestra decisión: ¿la tomas o la dejas?...

Aunque Dios no actúa como en los concursos de la televisión, que enseñan una cosa buena y ocultan otra desconocida, la cual puede ser mucho mejor o no valer para nada. No, Dios no lo hace así. Dios enseña a plena luz las dos cosas. A quien ya conoce lo que

es la condenación con todos sus horrores, ofrecida por el enemigo, Dios le muestra la salvación, su salvación, su Cielo, y le dice: ¿lo toma? ¿lo deja?...

En este concurso de la Vida Eterna, son dos los que ofrecen: el demonio con la tentación, Dios con su ayuda y el premio. Como lo experimentó, por ejemplo, un San Juan de Dios, el héroe de los hospitales, muy tentado a dejar la oración. Ve de dónde le venía la tentación, y le reta al demonio:

- Tú me quieres apartar de la oración, pero yo me voy a vengar de ti. En adelante, la haré más larga que hasta el presente.

Desde luego, que la tentación es un misterio. Nuestra fidelidad a Dios se pone a prueba de mil maneras.

Con una desgracia, puede brotar la blasfemia en nuestros labios.

Con un fracaso amoroso, puede anidar el resentimiento contra Dios en nuestro corazón.

Con el dinero abundante, puede crecer nuestro egoísmo y cerrarse nuestras entrañas a las necesidades de los hermanos.

Con la mala inclinación que llevamos en nuestros miembros, puede triunfar en nuestra vida la lujuria o cualquier otra pasión semejante, y echar a perder toda la obra de Dios en nuestra vida.

Es la lucha dramática entre las obras de la carne y las obras del Espíritu, de que nos habla San Pablo y nos ha recordado el Catecismo (Gálatas 5,16-25). Libres como somos, ¿a quién damos la victoria: a la carne para nuestro mal, o al Espíritu Santo para nuestro bien?...

Dios hace de espectador desde la grada, como en un estadio. Y, como el entrenador, nos grita, nos alienta, nos dirige hacia la victoria. Como lo hacía en el caso tan conocido de aquella Santa, pura como un ángel, pero tentada trágicamente contra su pureza: - *Señor, ¿dónde estabas, que no te sentía?* Y Dios, cariñosamente: - *A tu lado, viendo cómo luchabas con tanto valor...* (Magdalena de Pazzis, igual que Catalina de Siena)

Jesucristo, hombre como nosotros y hermano nuestro, que no conoció el pecado, pero sí la prueba, nos avisó muy oportunamente: *¡Vigilad!* Y nos hace pedir: *¡No nos dejes caer!...* Jesús se entrenó para la lucha en el desierto; resistió al tentador que le ofrecía placer, honor y poder; no se rindió en Getsemaní, y ahora, triunfador en su gloria, nos grita: *¡A mí los valientes! ¡Aquí les espero!...*